





# LA MALA EDUCACIÓN



RAÚL CALVO VARELA

LA MALA EDUCACIÓN



Primera edición: diciembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Calvo Varela

ISBN: 978-84-17548-38-4

ISBN digital: 978-84-17548-39-1

Depósito legal: M-28821-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Con todo el cariño y mejor recuerdo a mi ex esposa  
María Luisa Naya Lista*



# I

Desde el mismo momento en que tomamos tierra en este mundo, los causantes de ese fantástico viaje, o sea, nuestros padres, para que ocupemos el espacio más amplio entre tantos y tan diferentes seres, en general procuran y se esfuerzan, a veces hasta el desvelo, salvo pocas excepciones, en darnos una buena educación. Educación buena según cada cual la suya, las influencias tradicionales, el momento y, sobre todo, la impuesta por los poderes reinantes al común de los mortales. Sin embargo, muy pocos tienen en cuenta las capacidades, los defectos y las sensibilidades congénitas del incipiente viajero. Incipiente y viajero, porque nacer es comenzar a conocer el viaje de la vida. Esa aventura que, dependiendo siempre del tiempo, puede ser más o menos larga, y entre otros factores como la buena o mala suerte y, sobre todo a la educación-formación, puede estar llena de paisajes sorprendentemente espectaculares, o al contrario de imágenes deprimentes.

Muchos filósofos y escritores, incluso personas de menos loable pensamiento, se atrevieron y atreven a lanzar citas y aforismos sobre lo que es y no es la vida, así como de los elementos que la componen para que esta sea más brillante y placentera. Sin embargo, hasta el día de hoy nadie dijo ni media palabra sobre la importancia que tiene la educación en el desarrollo de la misma. Importancia que deriva de la materia prima del ser, especialmente, del ser humano, es decir, la persona como producto biológico en equilibrio con todas las demás fuerzas: doctrinas, costumbres y circunstancias, debería ser educada de acuerdo, preferentemente,

con sus capacidades, faltas y tendencias naturales. Para ello los educadores, durante el periodo de aprendizaje deberían estar atentos a las preferencias biológicas del aprendiz. Pero eso no se hace así, las excepciones no cuentan, sólo se les enseñan las diversas y casi siempre retorcidas sendas para llegar a la cumbre del dinero y la categoría social hasta la cima del poder si fuese posible. ¡Nada! Nunca la riqueza humana está exclusivamente reservada al desarrollo reflejado en el espejo del alma. Así, millones de personas de todas las clases, razas y colores, fueron y son víctimas inconscientes de su propia valía, pues si no la poseyeran de nacimiento, como los que no la tienen, asumirían de buen grado el tradicional error de sus predecesores.

Entre tantos afectados, sobrevive Bartolomé Souto, *Bartolo* para la familia y los amigos. Nombre impuesto por su abuelo Rogelio en memoria de los grandes navegantes que, a pesar de su empeño y vilipendio de su fortuna, él nunca pudo imitar, quedándose en pescador de bajura. En memoria de los navegantes históricos o quizás, como loco aficionado a la música, recordando a Bartolomeo Cristofori, el inventor del piano. Bartolomé es hijo de Gervasio, como su padre pescador pero de más calado, habitualmente del mar de la merluza: del Gran Sol, y de María de los Remedios, mariscadora de almejas y berberechos con permiso de la bajamar, más por afición y por compartir con sus vecinas que por necesidad; pues, Gervasio atrapando merluza, además de hacer lo que le encanta: navegar muchas aguas, con sus ingresos sobrepasa lo suficiente para que ella pueda vivir, como suele decirse, «como una reina».

Bartolomé vio la luz por primera vez en Combarro, pueblo que tiene el mérito arquitectónico, entre otros como por ejemplo, de haber sido oficialmente nombrado «conjunto histórico artístico», de estar construido sobre una gran roca, cercano a Pontevedra. Pueblo donde, desde tiempos ancestrales transcurre el vivir de los Souto, que es así como se le conoce a la familia de la que miembro uno la de los protagonistas principales de esta narración.

Combarro es un lugar de ensueño, pequeño paraíso entre mar y montaña. De calles estrechas, cortas y empedradas; con casas también de piedra tan labrada que algunas recuerdan al arte románico; con soportales y galerías que permiten, en su mayoría, contemplar el mar, el nacimiento del sol y de la luna; de escaleras para llegar a rincones donde esconder secretos... Pero lo más impresionante del pueblo es que, dependiendo del momento de llegada a él, puede presentarse como en medio del desierto, y al contrario, pasadas seis horas, por gracia de la luna... o de la magia universal, forma una pequeña península poblada y metida en el mar, ría, hasta la última casa. Para quienes lo ven por primera vez, es un milagro, en cambio para los que viven y hasta lo sufren alguna vez, no es más que el sube y baja de las aguas, es decir, las mareas.

Evidentemente existen en España, sin tener que ir más lejos, pueblos mucho más monumentales, en realidad no se levanta aquí ningún monumento, pero es monumental su exótica sencillez y su fascinante ir y venir de la mar cada seis horas. Por todo ello, Combarro despierta tanta atracción a una minoría de visitantes, que vuelve, y una mayoría que, más empujados por la moda de no estar en casa, viajan por aquí más atraídos por los múltiples establecimiento de *souvenirs*, chilindrinas, y restaurantes, que por los verdaderos valores expuestos.

En esa tesitura familiar y vecinal, por supuesto, al tiempo de ir creciendo, Bartolomé va asumiendo como por osmosis las influencias del ambiente que lo rodea, hasta el punto de que, poco a poco, se irá convirtiendo en un chaval más, que asiste a la escuela y juega a la pelota en la Plaza da Chouza. Lo que le cuesta más es aprender y, sobre todo, asumir, lo que le enseñan tanto los profesores como sus padres. Algo, no sabe qué, ni por qué, vive en su alma y, en silencio, se rebela contra aquello que le enseñan y exigen a todos los niños y adolescentes como él. Se lo exigen sin pensar, ya no se diga explorar, en absoluto su interior, como si fuera un animal, no dotado de razón ni sentimientos. Al mismo tiempo, desde que ha adquirido uso de razón, medio a escondidas, dibuja

figuras que nada tienen en común con las que le mandan dibujar en el colegio. Cuando se las presenta a la profesora, aquella se limita a rechazarlas, diciendo: «Bartolomé esto no es lo que yo te enseño y te he mandado hacer, ¿qué pretendes? ¿Hacer lo que te da la gana? ¿Algo diferente a los demás?». El preguntado se encoge de hombros sin saber qué contestar; mas en su interior el sentimiento le susurra que existe otra realidad aparte de la exigida. Y llegado a esa encrucijada, no deja de aprovechar la noche para seguir dibujando. Cuando alguna vez el problema trasciende hasta llega a su padre, aquel, en su papel de jefe de la familia, simplemente determina: «tú lo que debes hacer es lo que te digan tus profesores y lo que yo te mande; así el día de mañana podrás entrar en la escuela naval para ser más de lo que es tu padre todavía, ¿conforme?», le recomienda en tono exigente petulante. Gervasio, a la chita callando, se enorgullece de pescar en el Gran Sol. Bartolo asiente como por ensalmo, pero el mensaje de su alma sigue gritándole un no, no. La única que contemporiza con él, sin duda por ser su madre, o quizá por el significado de su nombre, es María de los Remedios, recomendándole: «no te preocupes, hijo, de lo que te dicen haz lo que puedas y sientas; en cambio, lo que te mande Dios hazlo todo». La segunda recomendación de su madre no es porque sea creyente sabiendo quién o qué es Dios, nadie lo sabe, es simplemente un modo de hablar de las personas fieles a la enseñanza de las costumbres.

A los siete años, cuando todos los niños sólo piensan en jugar y corretear sin más, Bartolomé, aunque sus notas escolares no sean buenas, es un excelente estudiante, pues estudia hasta con desmesura el mejor modo y manera de aprender a expresar aquello, que sin saber bien qué es, la fuerza introspectiva del arte, le anda por la sangre hasta el punto de tener problemas con sus padres, con los profesores y, sobre todo con sus propios compañeros de clase que se ríen de él por inventar juegos desconocidos. Tan buen estudiante es que se pasa horas y horas experimentando con nuevos dibujos que, pese a ser diferentes a todo lo conocido, desea con todas sus fuerzas, el aprobado por su profesora, que no consigue; y entonces

para saciar también su sed de música, ensaya con la gaita gallega que le ha regalado su padrino Anselmo. En el *gaiteiro* su ánimo duda entre quedarse con la música, el dibujo o las dos cosas. Ensaya, pero no para aprender la *muiñeira*, sino para tocar otras piezas que su desbordante imaginación le recomienda, tomando como referente las *Cuatro Estaciones* de Vivaldi de las que alguna vez le habló e interpretó al piano, su buen amigo *Twetog*, el músico alemán, cuyo primer CD que oyó de él le fascinó tanto que se lo guardó como un tesoro, para siempre. Pero la chispa del niño no se apaga ahí, no, pues en verdad se entrega y sueña, particularmente, con todo referente al arte que perciben sus sentidos infantiles. Por ejemplo los días sin clase, a la hora del ocaso, se escala al acantilado das Areas y se pregunta a dónde irá el sol después de esconderse detrás del mar. Para la falta de la cósmica respuesta, tiene historias sacadas de la sombras y de la interacción del mar con la tierra. Con frecuencia, se siente desconcertado porque todos, especialmente sus padres y sus profesores, le aseguran que pensar y sentir son la base de la vida de los seres humanos; en cambio, nadie le enseña el significado, y menos la utilización, de los pensamientos ni de los sentimientos. Bueno, los sentimientos, aunque sea inadecuadamente, a veces funcionan por su cuenta. Sin embargo, quienes ni de ellos le han hablado, son capaces de echarle la bronca cuando, por ignorancia o por utilizarlos a su modo, se derivan consecuencias. Ese injusto y absurdo vacío le permite al niño poner en marcha toda la capacidad de fabulación que la biología ha tenido a bien concederle. Así, tras darle un sinfín de vueltas a sus neuronas, Bartolomé descubre un tema que le interesa en grado superior. A él, como a casi todos los niños y niñas, le enseñan a hablar castellano antes que gallego, que es el idioma de su tierra. Movido por dicho interés, más de una vez le preguntó a su profesor de lengua, el origen de ambos. «Bartolomé, la pregunta no procede. No ves que no es de tu nivel, cuando llegues ya te lo explicaré. Preocúpate de lo que te corresponde y déjate de pensar en las musarañas». Ante semejante respuesta, después de asistir a la primera comunión de su hermana M<sup>a</sup> Cristina, que es 18 meses mayor que él, en la capilla de

San Roque, en el descanso de la celebración, el chaval aborda a su madre para preguntar aquello no contestado por el profesor. María de los Remedios, que pese a ser mariscadora dispone de ciertos conocimientos adquiridos gracias a la relación algo intrigante en otro tiempo, con D. Gervasio, cura párroco de la parroquia de O Pardal, primero le dice en tono disuasorio... «Hijo, tiene razón tu padre, eres un pesado, no ves que no es el momento para andar con esas zarandajas —pero ante la insistencia del niño—. Vale mira, el origen del gallego no lo sé, pero el del castellano, sabe Dios. Bueno, creo que lo inventó un monje llamado Munio, del monasterio de Santo Domingo de Silos o de San Millán de la Cogolla, que está allá por la Rioja, una tierra de mucho vino. Otro monje de nombre Gonzalo de Berceo, dicen que escribió el primer libro en castellano, que se llama... ¡ah, sí! *Libro de buen amor*, me parece». Emocionado por la bonita historia, Bartolomé quiere saber más; pero la madre le corta: «ya está bien! Ahora déjame en paz, que tengo faena», y el niño se queda por unos momentos digiriendo a solas aquella conjunción endógena en la que se mezclan los elementos interiores de la propia personalidad del individuo y los externos siempre tan incontables y modificables. Tras asumir el golpe y pensar en las causas del mismo, dado que a pesar de todo Bartolo no deja de ser un niño al que aún le queda tiempo para subir a la piedra de la Gaviotas y jugar al balón con los otros niños y niñas. Sí, desde el punto de vista biológico no es más que un ser normal; pero como los mayores, en mayoría, habían cambiado aquellos valores por los artificiales, Bartolomé se ha ganado a todas luces, el título de «niño raro», en términos menos de andar por casa: «paranoico». Título y problemas que él asume si no con orgullo porque, por un lado, es un ser humilde a más no poder, y por otro, es como una especie de talismán que le diferencia de los demás de su edad, incluso de los demás, ¿y a quién, gracias a la vanidad de la que nadie se libra, no le complace ser diferente?

Sí, problemas porque un menor puede ser normal siendo rebelde, revoltoso y hasta siendo mal estudiante, y no digamos si en lugar de esos defectos, es agraciado por cualidades, en ese caso es un

niño maravilloso; Bartolomé es un fracaso en ciernes, ¡ay! Pero si a todo eso la genética ha tenido a bien añadir el elemento artístico en cualquiera de sus manifestaciones, el ser siempre será un extraño, un inadaptado. Siempre, a no ser que, siendo capaz de vencer cuanto se le oponga, pasando los años consiga revelarse como artista famoso. Entonces será considerado un genio, incluso por aquellos que le calificaban de atolondrado, cuando no de cosas peores.

Físicamente, hasta los diez años, Bartolomé es un niño cuyas dos partes fundamentales de la persona carecen en absoluto de armonía, ya que lo visto por fuera es absolutamente contrario a lo que se podía intuir de su perfil psicológico, interior. Llamando a las cosas por su nombre, es un niño más bien feo, aunque su madre al igual que todas las madres del mundo, diga: «Virgen Santísima, no es porque sea mi hijo, pero es un niño muy guapo porque de buena casta le viene al galgo». Y María de los Remedios no lo manifiesta por ella, que desechando los diez kilos de exceso, en nada desmerecería a las caminantes de las pasarelas, sino porque a decir de las buenas lenguas, Bartolo es el vivo retrato de su padre, cuya fama de hombre apuesto es conocida más allá del pueblo: hasta en todos los puertos donde atraca el barco. Y, por supuesto, lo sabían todas las «chicas de la vida» que esperaban, a veces hasta la desesperación, no solamente a los tripulantes del Atalaya, que así se llama el barco, por lo anunciado a Gervasio con más ansia, sino a todos los que atracan, las profesionales del sexo sin amor.

No, Bartolomé sólo se parece a su progenitor en el color de los ojos azules, en cuya mirada, en momentos de pasión, se refleja todo lo que hierve en sus vísceras. Por lo demás se podría asegurar que es todo lo contrario, tanto que las muy malas lenguas en sus chismorreos se atreven a insinuar que podía pertenecer a la genética del párroco de O Pardal. No, el niño es de baja estura para su edad y un tanto esmirriado. Sin embargo, gracias a la congruencia y potencia de sus pensamientos infantiles, se crece frente a la adversidad que, debido a su inquietud, a veces comporta cierto riesgo como, por ejemplo, subir al roble más alto y aprender a nadar en

profundidades que sobrepasan en mucho los 120 centímetros de su talla, le zarandean cada dos por tres. Con todo, o sin saber por qué, posee un sicalíptico atractivo para todos, particularmente para las niñas de su edad, incluso mayores, que se pelean por jugar con él.

En esa línea de congruencia con sus pensamientos, aunque lógicamente por razones de edad, algunos fuesen bastante escabrosos, le fastidia ir a misa todos los domingos con su madre que, en verdad, igual que tantas otras, creyente irracional, particularmente de todas las Vírgenes habidas y por haber. Creencia que la fortalece, incluso en algo contrario a una de las irrompibles doctrinas de su iglesia, que no es otra que perdonar la desgana de hacer uso del matrimonio a su marido. Desgana originada por haber saciado la sed sexual con aquellas otras, que sin nada matrimonial, lo esperaban y lo despedían en los puertos del Gran Sol o donde quiera que fuese. Ante semejante inapetencia del marido y, en ocasiones el rechazo de ir a misa de su hijo, María de los Remedios anda muy preocupada, pues no lo puede concebir, pese a que desde la muerte del dictador, se había establecido la libertad sexual y de culto, sin pérdida del poder social de la iglesia. La culpa de todo ello se la echaba a Gervasio que, sin pertenecer a ningún credo, está lleno de ideas estrambóticas en relación con la religiones: que si budismo, que panteísmo... En cambio, al revés con su hijo, entre ambos no existe ningún problema derivado de las creencias.

—Pero, ¿por qué no te gusta, hijo? La iglesia es la casa de todos, sobre todo de los niños y niñas —siguiendo la moda diferenciaba los sexos, sin saber que con el genérico era suficiente.

—¿Por qué los niños y las niñas, mamá?

—Pues porque las Vírgenes os enseñan el camino de la salvación que es el cielo, hijo. La gloria debe ganarse desde pequeño, porque la vida enseguida se esfuma y, a lo mejor no llegamos a tiempo, hijo.

María de los Remedios es una creyente convencida, pero no a pies juntillas con los textos eclesiásticos, sino como su inteligencia

le dicta. Sin duda por eso y, tal vez por ser del mismo género o porque ella fue virgen al altar, en quien más cree es en las vírgenes: lógicamente en la de Los Remedios.

—Yo en el cielo no veo a ningún niño, ni siquiera sé dónde está ese cielo que tú dices, mamá. Oye, papá que anda mucho por el mundo, dice todo lo contrario que tú. Dice que el cielo que está aquí y que para llegar a él tengo que estudiar y trabajar mucho.

—Mira hijo, papá y yo lo que queremos es enseñarte mucho, mucho para que el día de mañana seas un hombre de bien, como esos que salen en la televisión.

—Mamá, creo que si alguien me enseña algo, no mucho, de lo que quiero y necesito saber, son los profesores. ¡Ah! Y más el mar, el sol, la luna. ¡Ay sí, la luna! Cuando me voy a la cama asoma por la ventana de mi habitación y al amanecer, cuando cantan los pajaritos, el sol...

Desconcertada, María de los Remedios no acierta a contestar hasta pasado un buen rato, y se dice para sí: «tiene razón su padre, este hijo mío es un bicho raro, pero tan listo que siente nacer la hierba».

—Pero tú dijiste que te gustaba la misa del día del patrón San Roque.

—Sí, y me gusta, pero no por la misa, sino por el perro que, como tú dices, no se dejan ni a sol ni a luna, y por los fuegos artificiales que echan. Me chiflan.

Ante tan inesperadas respuestas, la madre se queda absolutamente desconcertada y perpleja. Ella siendo contraría a que se gasten euros en hacer ruido con los cohetes, no se le ocurre pensar en otra cosa que en una criatura de alma bélica, lo cual sí que a ella, tan fiel al mensaje de Cristo, le da miedo que su hijo pueda ser así el día de mañana.

En el mundo después de tantas guerras y otras monstruosidades, especialmente en España, gracias a la tecnología, para bien y para mal, todo cambia a velocidad de vértigo: para bien, porque tenemos automóviles, no les está permitido el paso por el casco anti-

guo, aunque muchos se saltan la prohibición, aviones supersónicos y otros infinitos artilugios que nos permiten, sin hacer camino, caminar más veloces, y morir antes de tiempo, sin esperar el último aliento porque cada día hay más guerras y, por «gracia» de los dichos aparatos, con más muertos. Y ya no sólo de guerras, también de hambre, según leyenda cristiana, a la Gloria viajan cada día más niños. Pero en Combarro hay muchas cosas, sobre todo aquellas del sector antiguo, que le atribuyen el mérito: cruceros, hórreos, fuentes públicas, Virgen da Renda, capilla de San Roque con su perro, etc. permanecen inmutables, como dormidas en tiempos ancestrales, o sin tiempo. Tampoco la dinámica de la vida cotidiana de sus habitantes ha cambiado de forma notable, pues, salvo excepciones, mujeres y hombres, aunque los segundos menos, siguen endomingándose para asistir al «sacrificio» de la misa; terminada la cual forman los clásicos corrillos para tratar temas del pasado y de los llamados programas «basura» que, con premeditación y alevosía, tanto proliferan a horas familiares en la televisión así como en las revistas de moda. Sin olvidar los referentes de siempre a los asuntos vecinales, sobre todo aquellos que, con bombo y platillo y actores de tres al cuarto, interpretan el papel del cotilleo: «la enfermedad de la tía Josefa, el velatorio del presidente de la comunidad, Pepe, *el Pardiñas*; el vestido tan rimbombante que llevaba su hija en el entierro y el peinado a lo Sarha Wthender que luce Marian, la divorciada de Jaime Serantes, el que fue juzgado, sin ir a prisión, por estafar dinero del banco del que era director». A pesar del desarrollo de todo, los demás medios de comunicación, por supuesto, siguen causando tremenda impresión las noticias de radio macuto.

El resto de los días, mientras invaden con mucho trabajo el territorio de las almejas y berberechos, a ellas siempre les queda un rato para ponerle argumento a las más recientes historias protagonizadas por sus opositoras, incluso por sus amigas. En cuanto a ellos, después de poner en navegación sus barquichuelos, tras lanzar las redes, mortales trampas de los sabrosos peces, tienen toda la noche, ya que regresan en la madrugada del día siguiente, para

hablar de fútbol y de quién es mejor atrapando sardinas y, cuando la noche ataca en silencio, cómo atrapar mujeres porque el amor no se rinde ni frente a las olas.

En quienes más se nota la modernidad es en los niños, especialmente en Bartolomé. Se nota porque ellos ya no juegan en la Plaza de a Chouza, como antes con juguetes creados con su propio ingenio, aunque ahora parezca penuria, era un excelente modo de aprender a ser protagonista, sin dejar de jugar a la pelota y andar en la bicicleta, regalo de su abuela. Incluso, los más pequeños lo hacen en unas que son del modelo original, es decir, caminar sentado sin dar pedal. Actualmente practican con los más extraños y sofisticados artilugios, que desde luego, en nada contribuyen a la creatividad y protagonismo de los jugadores llenos de tanta novedad: Giner de los Ríos, sin duda diría que «contribuyen a la instrumentación».

Pero Combarro no está compuesto sólo de ancestros y anti-güedades, no. Pues también posee un sector moderno que muchos pueblos más grandes lo quisieran para sí: puerto deportivo con bandera verde, símbolo de puerto con todas las garantías; modernos restaurantes y cafeterías; todo ello en línea y perfecta sintonía. De tal suerte que entrando por la zona moderna se pasa sin transición a la parte antigua y viceversa.

En ese sosegado y, al tiempo, complejo mundo crece el controvertido Bartolomé. Controvertido, más por ignorancia de los responsables de su educación y de cuantos le conocen que porque lo sea. Él, al margen de todo lo que hace por influencia y hasta por imposición del sistema en que le tocó nacer, sabe y tiene bien grabado en su conciencia infantil lo que quiere ser. Así, después de mucho pensarlo y soñar, entre la pintura pura, la música y la poesía, de cuyas artes está lleno, con el lógico disgusto de su padrino que le regaló la gaita, elige la pintura. Porque siendo la pintura, la maña que más de sentirla y mejor se le da, piensa que puede ver el resultado de su arte con la obra hecha, como un símbolo tatuado desde su nacimiento. Por ello le va a dedicar todos sus esfuerzos,

aunque para ello tenga, no lo quisiera, que abandonar los estudios y los juegos; no así la contemplación del mar, la puesta de sol y la salida de la luna, que pasando algún tiempo será su primera obra, obra con la cual obtuvo el primer premio en el concurso de pintura infantil de la asociación cultural del pueblo, a pesar del juicio de su profesora de dibujo. Aquel premio tuvo además la virtud de convertir su empeño en obra hiperbólica, por cuanto que ha llegado a la certeza, escalón por escalón, de llegar a la cima a donde llegó un Picasso —es su preferido—, un Goya o un Claude Monet. Para llevarlo a cabo cuenta con una enorme ventaja, pues su padre intolerante —aunque con las mejores intenciones— se pasa 3 meses pescando merluza en el Gran Sol. En casa sólo se sabe de su existencia por el teléfono, lo que siendo una ausencia triste para María de los Remedios, incluso para su hermana Cristina que lo echa de menos por ser, cuando está, el apoyo de su adolescencia. Para Bartolomé es una introspectiva ventaja porque le permite, por un lado, evitar la inspección paterna, y por otro, dedicar todo su tiempo a lo que es el alimento vital de su alma.

Llega la veda de la merluza en el caladero de Gran Sol, e igual que después de todas las cosechas, Gervasio, el padre regresa al hogar tras luchar más que otras veces, denodadamente con el Atlántico Norte y después con todo el mar de fondo y de olas como montañas, hasta tal punto de convertirse el viaje en una tragedia menor, menor porque en el fondo del Atlántico, a 20 millas de su destino, sólo se quedó Jesús Portela, el segundo jefe de máquinas así como una buena parte de la pesca que tuvieron que arrojar como lastre.

Su esposa y su hijo, es día festivo, lo esperan en el puerto de Vigo. Al verlo tan entero, sin perder un ápice de su buena apariencia, dándole las gracias a todas las vírgenes, ella consigue desterrar la especie de enfermedad catatónica de la que había sido víctima desde que tuvo noticia del suceso. El abrazo fue tan intenso y, por su larga duración, tan aburrido que Bartolomé mientras decide solazarse mirando al mar y a los barcos que entran y salen. Por fin el

lazo se desata, y mirando a su alrededor, el recién desembarcado, pregunta:

—¿Y Cristina, la niña?

—Bueno, ya sabes que prefiere pasar de estos recibimientos. Te espera en casa; allí te recibirá con todo su corazón a flote —María de los Remedios es muy aficionada a las frases poéticas, tanto como su padre lo fue a los versos de verdad.

Por fin, el niño puede acercarse a su progenitor para demostrarle todo el amor sentido por él. Luego del abrazo y los besos laterales:

—Y tú, ¿por qué miras tanto al mar?

—Porque me encanta, papá, y veo cosas que no hay en otros sitios.

—Verás barcos, olas y gaviotas planeando como locas. Cuando termines la carrera de náutica y con ella cruces todos los océanos, ya los verás... —le dice Gervasio sustituyendo su acostumbrado tono autoritario, que le parece inadecuado al llegar después de tres meses sin verse, por otro entre irónico y festivo—. ¿Y qué más, hijo?

En un gesto más infantil, el preguntado se encoje de hombros, dando la espalda, mas pasados algunos segundos se vuelve asegurando:

—¡Veo todo aquello que mi imaginación le dice a mis ojos que vean!

Una vez más, el padre se contiene para no darle una contestación inadecuada; sin embargo, por primera vez piensa que en el cerebro, en el corazón o donde sea de su hijo existe algún tesoro inexorable, en particular, por sí mismo.

Como siempre, María de los Remedios está preparada para intervenir, pero como no hay nada que moderar:

—Bueno, ¿nos vamos yendo? —con gesto de cabeza la dirección a tomar.

Y con el paso que sus tacones altos, más para emparejar mejor con su marido que para otra cosa, llevando al niño de la mano, al tiempo que escucha y oye con atención y deleite, las audaces his-

torias de su marido, fraguadas por esos mares de Dios, se dirige a su auto aparcado en lugar prohibido. Sí, en prohibido, pero con menor riesgo de denuncia porque la guardia local también descansa. Llegado el momento de ponerse a los mandos se produce la confusión que suele aparecer cuando hombre y mujer disponen de permiso de conducción, aunque, como es el caso en que el hombre está más ausente que en casa, ella hace muchos más kilómetros. Sin embargo, pasando por la portezuela contraria a la del conductor, María de los Remedios dice:

—Conduces tú, ¿no?

—Uy... No... Primero las damas —masculla el hombre.

—Qué más da, eso por suerte, ya pasó a la historia —arguye la esposa con una mirada disuasoria, mientras se dirige al volante. Alguien mal pensado y de ideas clásicas, se diría: «¡Vaya! Será una de esas de tres al cuarto. Una mariscadora no puede ser una excelente conductor»; en cambio, María de los Remedios sí lo es, por mucho que le pese, a veces, a su propio marido al establecer las odiosas, pero inevitables, comparaciones. Tal vez por ser excelente obrera del volante, prefiere circular por la carretera normal, en este caso nacional, que por la autopista. A pesar de que Gervasio no coincide con su gusto, ella haciendo uso del privilegio por el hecho de él haberla elegido en esta ocasión —casi obligado— para la conducción, a velocidad como si tuviera prisa por llegar, enfila la carretera abundante en curvas, muchas con un ángulo de 180 grados o más, en algunas de las cuales, los neumáticos se quejan en onomatopeya, pero la seguridad, porque nunca están al 100 por 100, anda en un 75 hasta que en una de las curvas no precisamente de las más cerradas, los neumáticos traseros cambian el chirrido por un leve derrape. Sin perder para nada la serenidad:

—¿Oye, te espera alguien? —pregunta el copiloto.

—Por supuesto: alguien y algo. Nada menos que la misa de la Virgen de los Remedios, que empieza a las 12, ¿no lo sabías? —anuncia y pregunta ella con un toque de insolencia, consultando el reloj del auto.

Hay un momento de oscuro silencio, pasado el cual, Gervasio prosigue con su locuacidad natural y decorada con abundancia de anécdotas el relato de las hazañas —alguna ficticias— vividas por los mares, mientras la conductora sin dejar de pensar en el tráfico y sobre todo en la misa, aplaude con halagos y risas. Aplaude porque las palabras del hombre, sin, casi, saber hacer «la “o” con un canuto», como suele decirse, poseen capacidades narrativas que, en otro contexto, bien podrían calificarse de ironías, aunque diciéndolo todo, por su timbre e insistencia, parecen más de exhibición que de comunicación. Y, claro, después de tantos años de matrimonio, así es como las toma su esposa, aunque en ocasiones a él le exaspera; mas como ella, oyéndolo no deja de aprender y divertirse, a la postre, ambos terminan riéndose amigablemente.

Por su parte, Bartolomé acomodado en el asiento trasero, en silencio, pese a ocurrírsele muchas cosas en relación con todo lo que acaba de ver y oír: barcos de pesca, cruceros que entran y salen hacia los pueblos del otro lado de la ría, yates de recreo amarrados y, especialmente, dos grandísimos trasatlánticos, uno cargado de turistas dispuestos a partir, sin duda esperando que el práctico le dé la orden de salida. Eso de una parte, y de la otra, los enormes edificios, tan enormes y sofisticados que parecen haber sido construidos para fantasmas gigantes. No es la primera vez que el chaval arriba a la gran ciudad, en cambio, de esta, pensándolo bien, todo se le antoja un sofisma para sobrevivir diferente a como en realidad somos.

El vehículo, por fin sale del laberinto urbano y, a pesar de las muchas curvas de la carretera, el mundo adquiere para el niño formas y aliento más humano: casas para vivir más cerca de la tierra con huertos, ríos y muchos árboles con pájaros. Absorto en la contemplación del paisaje, Bartolomé parece estar ausente de todo lo demás, incluso de las discursales palabras de su padre; pero, sospechando que algunas son apócrifas, en una de las cortas pausas, con el sarcasmo impropio de un niño:

—Oye papá, ¿entonces con todo eso que dices se podría pintar otro mundo? —pregunta sin dejar de mirar por la ventanilla.

Pillado por sorpresa, el preguntado no sabe bien qué contestar. Pasados 30 segundos:

—Ya lo creo, y más de uno, hijo, y más de uno —contesta en tono inseguro.

—Me gustaría verlo y luego pintarlo —dice el chaval como manifestando un deseo inmediato y realizable.

El padre parece entrar y perderse en un espacio de reflexión y no vuelve a decir «esta boca es mía» en lo que falta de viaje.